

ESTUDIOS

La autogestión ¿por qué? *

Por Matías GARCIA

En este desierto de creatividad surgen dos excepciones: en el seno del Capitalismo, la Socialdemocracia europea; en el del Socialismo, la autogestión yugoslava. La primera limitó su radicalismo reformista en lo social por el miedo de perder los innegables valores de la democracia política. La segunda intentó una vía de democratización económica y social que no pudo desplegar todas sus virtualidades a causa de seguir enmarcada en un régimen político no suficientemente libre.

I. INTRODUCCIÓN

Debe quedar claro que esta ponencia va simplemente dirigida a hacernos más conscientes de la complejidad de perspectivas con que es conveniente examinar el tema de la democratización de la economía y, en particular, a hacernos conscientes de la imposibilidad de separar vitalmente la cuestión de los modelos de la de los sistemas. Ahora bien, como es muy posible que—por razones prácticas—no convenga orientar toda la dinámica del congreso hacia el análisis del tema en toda su complejidad, al menos parece conveniente tener una ponencia inicial que ponga de relieve a propósito de un caso particular (el de la autogestión, tal como ella resurge y se plantea en el momento actual) la cuestión de la vinculación vital entre modelos y sistemas. Al tema —así enfocado— podríamos también darle la vuelta y concretarlo del siguiente modo en estas dos cuestiones:

1.^a ¿Cómo se ha planteado y cómo se plantea en el momento actual y en las diversas áreas mundiales la discusión entre los dos grandes sistemas, capitalismo y socialismo?

2.^a ¿Cómo se articulan y se relacionan esos planteamientos históricos con la preocupación (o con la despreocupación) por la democratización de

* Este artículo fue presentado en forma de ponencia en un congreso sobre democratización de la economía, celebrado en Zagreb (Yugoslavia), a primeros de septiembre de 1981.

MATIAS GARCIA

la economía y, en particular, qué tienen ellos que ver con el actual resurgir de la utopía autogestionaria en algunas de esas áreas?

No es posible dar aquí una respuesta matizada a estas cuestiones. Pero, como lo que nos interesa es poner de relieve la intervencionalidad entre ambas, tal vez puedan bastar las siguientes observaciones sintéticas, aunque sea a costa de simplificar excesivamente la cuestión.

II. LA CONFRONTACIÓN ENTRE CAPITALISMO Y SOCIALISMO

Para responder sintéticamente a esta primera cuestión vamos a ver, en primer lugar, cómo se ha planteado y se plantea históricamente el tema en las principales áreas y, en segundo lugar, cómo incide en este planteamiento la cuestión del marxismo.

1. *Tres planteamientos histórico-geográficos*

a) Ante todo es importante no olvidar que la oposición original entre los dos grandes sistemas—Capitalismo y Socialismo—no fue una oposición en la que se enfrentaran dos realidades igualmente experimentadas y existentes, sino la oposición entre una realidad agudamente experimentada en su dureza e inhumanidad (la del Capitalismo) y un proyecto utópico alternativo (el del Socialismo) que surgía de la crítica a la realidad así experimentada.

Ese planteamiento inicial marcó para mucho tiempo la forma de concebir la oposición entre los dos sistemas. Más aún, en muchos lugares él sigue siendo el enfoque predominante. La principal razón para ello estriba en que—a causa de la dinámica histórica—el Socialismo lleva incorporada a su propia esencia el ser una crítica respecto al Capitalismo, mientras que el Capitalismo no es en sí mismo una crítica al Socialismo. Así, al enjuiciar al Socialismo, tendemos a fijarnos en lo que él tiene de utopía y de proyecto y, en cambio, al enjuiciar al Capitalismo, tendemos a examinar y criticar su misma realidad. Por ello, aun después de pasados bastantes años tras la iniciación de la primera experiencia socialista (en la revolución de octubre de 1917), ese enfoque persistió en muchas mentes, sobre todo en las de aquellos cuya experiencia viva y cercana seguía y sigue siendo la de las disfunciones propias del Capitalismo. Eso explica que, aun hoy día se mantenga operante dicho enfoque en los pueblos del Tercer Mundo.

b) Con lo dicho no negamos que la revolución de octubre en 1917 y, en mayor medida aún, la extensión tras la segunda guerra mundial de la experiencia socialista de corte marxista a la mayoría de la Europa oriental (así como a China y otros países de Asia), no haya significado un cambio importante en el planteamiento de la cuestión. Ese cambio alcanzó su punto culminante en el período de la guerra fría. La guerra fría fue en esencia la confrontación global—aunque no violenta—de dos bloques políticos y de dos sistemas sociales. Ambos desplegaron entonces todo su

arsenal ideológico y ambos hicieron desde su propia realidad e ideología la crítica de la realidad y de la ideología opuesta. Sistemas e ideologías quedaron así enfrentados, pero a la vez endurecidos, encerrados y confirmados en sí mismos sin posibilidades de diálogo ni de autocrítica operativa (al menos de carácter radical). El nuevo enfoque de la cuestión marcó profundamente a los países que constituían el corazón de los dos sistemas: Rusia por un lado y USA y Centroeuropa por otro; fue entonces cuando desapareció del horizonte político de esta última toda aspiración a un socialismo estricto, sustituida por la Socialdemocracia, que en último término consiste en la renuncia a superar al Capitalismo contentándose—como mal menor—con gestionarlo reformista y humanitariamente. La indiscutibilidad del Capitalismo—concordable sin duda con determinadas aspiraciones reformistas—resultaba también evidente para los sectores liberales y democristianos de dichas áreas geográficas. Pero, fuera de ellas, los argumentos propios de la guerra fría sólo convencieron a los ya convencidos. En efecto; la nueva toma de conciencia en la manera de enfrentar los dos sistemas caló mucho menos profundamente en las periferias de ambos, es decir, en el resto de los países socialistas europeos y en la Europa mediterránea. En cuanto al Tercer Mundo, la aceptación de ese enfoque fue casi nula; más aún, como la conciencia de la opresión capitalista empezó a tomar fuerza en él precisamente durante los años de la segunda guerra, en ese clima—como antes apuntábamos—el Socialismo no podía ser captado ni entendido por los pueblos del Tercer Mundo, sino como la crítica y alternativa utópica al capitalismo colonialista y opresor.

c) Hacia 1960—coincidiendo, por tanto, con el fin de la guerra fría—se inicia una tercera etapa. En mi opinión en ella nos encontramos aún fundamentalmente, si bien hay indicios de que una universalización de sus características puede estar dando origen a una cuarta fase. La nueva forma de plantearse en ella la oposición entre los dos sistemas ofrece importantes diferencias de matiz respecto al planteamiento anterior, aunque tales diferencias no son fáciles de captar para el que no se encuentra inmerso en la perspectiva adecuada. Me esforzaré por explicarlo con la mayor claridad.

Ante todo los ámbitos donde ha comenzado a madurar esta nueva forma de enfocar el tema no han sido—a diferencia del período de la guerra fría—los países centrales de ambos sistemas, sino predominantemente aquellos a los que hace poco llamábamos sus periferias. En algunos de ellos—concretamente en los de la Europa oriental—el sistema llamado socialista tenía ya tras de sí los suficientes años de rodaje, como para poder ser mirado, no ya como un proyecto o un ensayo, sino como una realidad experimentada. Por otro lado esa misma realidad a la que la izquierda de la otra periferia—la de los países latinos—había idealizado durante demasiado tiempo, comenzó también a ser examinada por esos sectores con ojos cada vez más críticos y objetivos. Lo que no consiguió la guerra fría lo consiguió el deshielo que se inició hacia fines de la década de los cincuenta. El estímulo para ello vino—en varias oleadas—de Oriente: los primeros jalones en este proceso fueron el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el octubre polaco y la revolución húngara, la desestalinización, el estallido de la ortodoxia mar-

xista-leninista en varias corrientes, la ruptura entre China y la Unión Soviética, etc. Un segundo envite lo constituyó la primavera checa con su represión en 1968. A partir de entonces los PC de los países latinos se confirman en su autonomía y distancia crítica de la URSS y poco a poco, surge en ellos el fenómeno al que se ha llamado Eurocomunismo. La plena madurez del proceso se consigue a fines de la década de los 70 y a ello no es ajena, en ambas periferias, la Conferencia de Helsinki que propició con mucha eficacia los movimientos de disidentes de la Europa Oriental. Finalmente, ya a las puertas de la presente década, la ocupación soviética de Afganistán significó el remache definitivo de este proceso en los países citados y, posiblemente, el comienzo de la incorporación a él de bastantes sectores del Tercer Mundo. Pero, como sobre este último punto no hay todavía evidencia (ya que puede depender de muchos factores, estimuladores unos y retardadores otros) y porque necesitaríamos mucho más tiempo para analizar en detalle la cuestión, nos contentamos con la alusión ya hecha.

Limitándonos ya por tanto a los países de la periferia europea, intentemos llegar al fondo de esta tercera y más reciente forma de concebir la oposición entre Capitalismo y Socialismo. La cosa no es ya demasiado difícil, porque lo dicho hasta ahora nos ha situado en la perspectiva adecuada. Simplemente se trata de lo siguiente: a diferencia de lo que ocurrió en la guerra fría, la crítica actual al Socialismo realmente existente, no nace de su oposición al Capitalismo, ni de su comparación con él, sino que surge autónomamente de la misma realidad (experimentada o temida) del Socialismo real. Es por tanto compatible con la crítica simultánea al Capitalismo e independiente de ella. El nuevo planteamiento se podría formular así: piénsese lo que se piense del Capitalismo y de sus valores y desvalores, el Socialismo realmente existente puede y debe ser denunciado como inhumano, ya que ha sido experimentado desde dentro como tal e incluso ha sido ya objeto de análisis que apuntan hacia las raíces de su inhumanidad.

El Socialismo deja de ser así primariamente la crítica y la alternativa utópica a la realidad del Capitalismo, para pasar a ser predominantemente una realidad desmitificada y devaluada por la experiencia y por la crítica que sus propias disfunciones históricas han generado. De este modo, en la confrontación con el Capitalismo, el Socialismo realmente existente pierde todas las ventajas de las que durante mucho tiempo ha gozado. Lo que ahora se compara es una realidad experimentada y criticada con otra realidad igualmente experimentada y criticada. Ninguna de las dos pueden ya presentarse como una alternativa ideal a la otra; la comparación entre ambas sólo puede resolverse de estas dos formas: o eligiendo a cualquiera de ellas como un mal menor (cuyos inconvenientes se procurarán paliar de la mejor manera posible) o buscando una tercera vía superadora de ambas.

2. *Marxismo y Socialismo*

Antes de encuadrar el tema de la autogestión en estos planteamientos, es oportuno completarlos relacionándolos con la cuestión del Marxismo, es

decir, recordando brevemente qué correlaciones históricas se han dado entre Socialismo y Marxismo.

a) Al menos desde fines del siglo XIX y más, exactamente, desde el Congreso de Erfurt (1891), poco después de la creación de la II Internacional (1889-1920), el Marxismo ha sido la ideología hegemónica para aquellos que aspiraban al proyecto socialista e incluso para casi todo el movimiento obrero, si excluimos a Inglaterra.

b) Esa vinculación entre Socialismo y Marxismo no desapareció al escindirse la II Internacional en los dos grupos que en su seno se habían disputado el predominio y la interpretación de Marx. Tanto los comunistas que crearon la III Internacional (1920-1941), como los socialistas democráticos que recrearon la II (1926-1939), continuaron proclamándose marxistas y aspirando al Socialismo, aunque es evidente que desde ese momento ambos grupos elaboraron diferentes concepciones teóricas y siguieron distintos caminos prácticos en las dos cuestiones.

Los *comunistas*, por ejemplo, que por esos años alcanzaron el poder en Rusia (como más adelante en otras muchas naciones) e iniciaron así la construcción de un sistema pretendidamente socialista, convirtieron a la vez al Marxismo en un dogma rígido (el Marxismo-leninismo) cuya interpretación ortodoxa quedó desde entonces en manos de los dirigentes del Partido Comunista de la URSS. Esta situación alcanzó su punto de máxima rigidez y vigencia durante el período de Stalin (1924-1953), pero aún hoy día ella se mantiene sustancialmente, al menos como pretensión.

También los *socialistas democráticos* se vieron obligados a dar su propia interpretación—aunque más flexible—del Marxismo y de este modo mantuvieron, al menos hasta la segunda guerra mundial, la vinculación entre Socialismo y Marxismo. En la posguerra, sin embargo, se consumó un proceso al que parcialmente ya hemos aludido y al que es importante prestar ulterior atención: los socialistas centroeuropeos abandonaron poco a poco su aspiración a un verdadero Socialismo y se convirtieron en lo que hoy se entiende casi universalmente por Socialdemocracia (Bad Godesberg, 1959); de ello ya hemos hablado anteriormente. A lo que no se ha advertido suficientemente hasta ahora es al hecho de que esta renuncia coincide con su renuncia al Marxismo. Durante todo este período (hasta aproximadamente 1960) se mantiene por tanto con carácter universal la vinculación entre Socialismo y Marxismo. Todo el que aspira al Socialismo se proclama marxista y todo marxista aspira al Socialismo; en cambio, cuando se abandona una de esas dos dimensiones, se abandona juntamente la otra.

c) El cambio más radical de perspectivas se inicia, también en este punto, en torno a los años 60 y, como en el tema anterior (el de la confrontación entre Socialismo y Capitalismo), ese cambio de enfoque se advierte más claramente en los países periféricos de ambos sistemas, es decir, en los países socialistas de la Europa oriental y en los ambientes de izquierda de los países capitalistas de la Europa latina y mediterránea.

Consiste fundamentalmente ese cambio en una cierta reacción contra el Socialismo científico y en una recuperación del Socialismo utópico. Ello es lo que hay básicamente de común, por ejemplo, entre un pensador crítico comunista de la República Democrática Alemana, como Rudolf Bahro (cuando en su libro «La Alternativa» hace la crítica del «Socialismo realmente existente»), y un pensador español del PSOE, como Ignacio Sotelo (cuando nos explica hacia qué tipo de «Socialismo democrático» tiende) (1). Los dos aspiran a superar radicalmente los sistemas en los que viven inmersos (el de «Socialismo realmente existente» y el Capitalismo); pero a ello aspiran, porque los juzgan a ambos profundamente inhumanos, no porque Marx haya pronosticado cierta y científicamente cuál es el mecanismo que ha conducido o conducirá a su caída (2) y a la construcción de un Socialismo verdaderamente humano. Al contrario; ambos saben que en esos análisis marxianos hubo mucho de falso y de insuficiente. Más aún, ambos saben también—aunque no lo expresen los dos con la misma claridad—que algunos de esos análisis (y, en mayor medida aún, la interpretación rígida que de ellos ha hecho la ortodoxia marxista-leninista) son los que han conducido a la inhumanidad del «Socialismo realmente existente», que nada tiene que ver con el Socialismo al que ambos aspiran.

Evidentemente todo ello supone una crítica y un distanciamiento profundo de aspectos fundamentales del Marxismo, sin por ello romper totalmente con Marx. En este último punto hay diferencias—que yo estimo más de forma y de expresión que de fondo—entre Bahro y Sotelo (a los que estoy aludiendo aquí como simples ejemplos de esta mentalidad). Por un lado, aunque ninguno de los dos es antimarxista, ambos, no sólo se apartan de Marx en puntos muy fundamentales (en los que suelen coincidir), sino que además son conscientes de que el Marxismo (o, al menos, una cierta interpretación de Marx, respecto a la cual éste no es del todo inocente) ha sido y es de hecho empleado como cobertura ideológica y justificadora del «Socialismo realmente existente» y de que una excesiva fidelidad a él distrae, en vez de ayudar, de la construcción de un Socialismo de rostro humano. Pero, por otro lado, mientras que Bahro continúa proclamándose marxista y buscando en Marx apoyaturas y argumentos para sus análisis, Sotelo prefiere superar la «falsa alternativa» de ser marxista o antimarxista (que, según él, fue la que obligó a la Socialdemocracia a abandonar el Socialismo junto con el Marxismo) y se atreve a proponer el «librar al socialismo de la camisa de fuerza marxista» (3), precisamente para poder tender al Socialismo con ojos más claros y sin condicionantes ideológicos perturbadores. Uno y otro por lo tanto—aunque con más claridad Sotelo que Bahro—son exponentes de la característica medular de este proceso: separar el Socialismo del Marxismo, sin renunciar necesariamente al primero.

(1) RUDOLF BAHRO, *La Alternativa. Contribución a la crítica del Socialismo realmente existente*, Köln, 1977. (Versión española, Madrid, 1980.) IGNACIO SOTELO, *El Socialismo Democrático*, Madrid, 1980.

(2) BAHRO, *o. c.*, 263. SOTELO, *o. c.*, 30.

(3) SOTELO, *o. c.*, 27, 53-56.

Se nos podría objetar con toda razón que tal vez estamos perdiéndonos en una discusión puramente terminológica: la de la conveniencia de seguir o no llamando marxista a una concepción que no renuncia del todo a inspirarse en Marx y acepta algunas de sus interpelaciones, pero que se separa de él en puntos muy fundamentales. Para escapar de ese planteamiento casi puramente verbal, será oportuno concretar aquí en qué punto se considera superado a Marx en los ambientes de que estamos tratando y en qué otros puntos se siguen considerando válidos sus análisis.

Esquemáticamente podemos responder así a la cuestión planteada:

1.º Ante todo, de Marx y del Marxismo se rechaza la tendencia a extrapolar sus observaciones, análisis y conclusiones (pretendidamente científicas) sobre situaciones y fenómenos particulares, y convertirlas así en afirmaciones filosóficas de validez universal que se proponen dogmáticamente. Con ese rechazo se devalúa profundamente, no sólo el Materialismo Dialéctico entendido en toda su amplitud, sino incluso su limitación a Materialismo Histórico, entendido como filosofía de la Sociedad y de la Historia.

2.º Restringiéndonos ya al Marx crítico y analista, lo que más válido se considera de él es su crítica del Capitalismo, al que desenmascara como estructuralmente injusto, irracional e inhumano (4). La solidez y profundidad de esa crítica no radica sólo, ni tal vez principalmente, en la denuncia de su carácter explotador e injusto (apropiación de la plusvalía por medio del mecanismo de la propiedad privada de los medios de producción y el régimen e salariado), sino en su dimensión de irracionalidad e inhumanidad, al orientar al conjunto del sistema productivo y distributivo y a las mismas personas (tanto a los capitalistas, como a los asalariados) hacia la obtención y apropiación (en forma de salario o beneficio) de valor abstracto (dinero), en vez de hacia la satisfacción de las verdaderas necesidades humanas. En ese sistema la misma actividad productora se deshumaniza y se hace esencialmente codiciosa.

Evidentemente en esta crítica al Capitalismo (a la que no podemos negar un elevado carácter científico) ya está implícita la aspiración utópica a su superación. En ese sentido, no habría oposición alguna entre un Marx científico (porque realiza científicamente la crítica al Capitalismo) y un Marx utópico (porque esa crítica lo proyecta necesariamente hacia la utopía de su superación en el Socialismo, entendido como una alternativa humana y racional al Capitalismo).

3.º Pero la autocomprensión de Marx como científico y de su socialismo como igualmente científico (en contraposición al Socialismo utópico) va, como es sabido, mucho más lejos. Marx no se contentó con analizar y criticar al Capitalismo, sino que juzgó que había llegado a

(4) ENRIQUE MENÉNDEZ UREÑA, *Karl Marx Economista: lo que Marx realmente quiso decir*, Madrid, 1977. Véase también el resumen hecho por el mismo autor de esta obra en *La obra económica de Karl Marx*: «Revista de Fomento Social», 32 (1977), 155-165, sobre todo pp. 157-162 y 164-165.

conocer con tal profundidad dónde radicaban y en qué consistían sus contradicciones internas, que, de alguna forma, él podía prever científicamente (casi como el que lee un fenómeno natural futuro en los antecedentes científicamente constatados) el mecanismo que lo conduciría a su ruina y señalar las características esenciales del sistema alternativo que sustituiría al Capitalismo y eliminaría su injusticia, irracionalidad e inhumanidad. Por ello, cuando él contraponía Socialismo científico a Socialismo utópico se estaba principalmente refiriendo, no al talante científico de su crítica, sino al carácter pretendidamente científico de sus *prospectivas*, tanto *sobre la caída del Capitalismo* como *sobre el advenimiento del Socialismo* y la superación en él de todas las contradicciones esenciales.

Pues bien; precisamente en estos dos puntos, los ambientes críticos que estamos tratando rechazan con toda firmeza las afirmaciones de Marx. Marx se equivocó, ante todo, en todas sus predicciones respecto a la pronta caída del Capitalismo, respecto al modo revolucionario de esa caída y respecto a la localización de esa revolución precisamente en los países de Capitalismo más avanzado. Marx se equivocó, en segundo lugar, al apuntar a los rasgos esenciales de la nueva sociedad socialista, que lógicamente tenían que coincidir con los que, según él, eran las raíces más profundas de la injusticia e inhumanidad del capitalismo. Es verdad que en esta cuestión siempre caben excusas y escapatorias, ya que Marx no precisó estos puntos con toda exactitud, pero—como afirma Bahro—si a Marx y Engels «se les hubiera forzado a definir su comunismo, no habrían dicho algo distinto a esto: El comunismo es la abolición de la propiedad privada capitalista» (5). Sotelo es de la misma opinión; según él uno de los rasgos esenciales del Marxismo es la convicción de que «la supresión de la propiedad privada de los medios de producción es requisito necesario y suficiente para la construcción de una sociedad inconmensurablemente más libre y productiva: el Socialismo. Sabido es—continúa el mismo autor—que Marx no gustó de especulaciones sobre la futura sociedad socialista..., pero tampoco parecían necesarias, convencido de que bastaba con que el proletariado se apoderase de los bienes de producción para que comenzase la edificación de la nueva sociedad» (6). Ahora bien; esa convicción, que—según el mismo Sotelo—constituye uno de los factores de la «irresistible fascinación» del marxismo, es la que justifica—de alguna forma—la decisión de Lenin de forzar y organizar voluntarísticamente el advenimiento del Socialismo en Rusia (a pesar de no darse allí las condiciones objetivas para ello), ya que éste no parecía posible que adviniese (ni en Rusia ni en ninguna otra parte) en la forma prevista por Marx. Pero es precisamente esa fascinación (y esa decisión que fue posible en virtud de ella) la que arrastró a tantos pueblos a una aventura, cuyo resultado no ha sido una alternativa humana, sino un nuevo sistema inhumano y opresor: el del «Socialismo realmente existente». Si algo se ha puesto en él de relieve con absoluta evidencia, ha sido que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción es compatible con un sistema opre-

(5) BAHRO, *o. c.*, 26.

(6) SOTELO, *o. c.*, 28.

sor y que, por lo tanto, dicha abolición no es requisito suficiente (aunque tal vez lo sea necesario) para la construcción de una sociedad humana.

En definitiva lo que hoy sabemos con evidencia es lo siguiente: en primer lugar, que las estructuras inhumanas no llevan en su propia entraña una dinámica de humanización; en segundo lugar, que si forzamos las cosas para cambiar revolucionariamente al mundo, puede muy bien ocurrir que la alternativa a un sistema inhumano (como por ejemplo el Capitalismo) sea otro sistema igualmente inhumano y opresor (por ejemplo, el del Socialismo realmente existente). La conclusión es ésta: que sabemos muy poco sobre el camino que conduce a una alternativa humanizadora y sobre las mismas características que deberá tener el sistema que se desea. Sabemos también que, al menos en lo que toca a estos dos puntos concretos, el Marxismo, en vez de ser una guía, puede ser una instancia perturbadora y, de hecho, ya ha funcionado como ideología legitimadora de nuevas opresiones.

III. LA AUTOGESTIÓN Y LA CONFRONTACIÓN ENTRE CAPITALISMO Y SOCIALISMO

Aparentemente no hemos entrado todavía en materia. En realidad sólo nos resta aludir brevemente a las principales experiencias o proyectos de autogestión, poniéndolas en relación con los esquemas conceptuales e históricos que hemos esbozado en el apartado anterior. Emplearemos para ello una parecida periodización a la ya utilizada (cuyas características iremos oportunamente recordando y precisando).

1. *Hasta la I Guerra Mundial*

El primer período lo hacemos coincidir con el que apuntábamos anteriormente al referirnos a la primera forma de enfrentarse la realidad del Capitalismo con el proyecto del Socialismo (en II, 1 a).

Abarca desde el momento en que surge la idea del Socialismo como crítica y aspiración superadora del Capitalismo, hasta aproximadamente la I Guerra Mundial (1914), la revolución de octubre (1917) y la escisión de la II Internacional (1920). Pero, a diferencia de lo que hemos hecho al tratar de la relación entre Socialismo y Marxismo (II, 2, a), ahora, no tanto nos vamos a fijar en la segunda mitad de ese período—la de la II Internacional (1889-1920)—, cuanto en la etapa inmediatamente anterior: la de la I Internacional (1863-1876).

Es importante, en efecto, no olvidar que, cuando el movimiento obrero empieza a organizarse en torno a una aspiración de superación del Capitalismo (concretada en un Socialismo todavía poco definido) lo hace dentro de una organización en la que el Marxismo no ha logrado aún la hegemonía y mucho menos el monopolio. En el seno de la I Internacional operaban todavía tres grandes corrientes, que curiosamente se profesaban

las tres autogestionarias: la proudhonista, la bakunista y la marxista. Marx luchó con éxito con las dos tendencias opuestas consiguiendo prácticamente eliminarlas, pero—desde la perspectiva actual—no deja de ser interesante advertir que desde que eso ocurrió, perdió mucha fuerza práctica la aspiración hacia la democratización económica y la autogestión, sustituida por la tendencia estatalizadora, que ha caracterizado, no sólo al Comunismo, sino al Socialismo democrático y que incluso perdura en la Socialdemocracia. Esa tendencia estatalizadora ha estado alimentada desde entonces por la obsesión suprema del marxismo práctico: que había que lograr a toda costa la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, que eso se logra estatalizando y que en eso consiste básicamente el Socialismo.

No es pues, extraño que, al derrumbarse hoy en día esa ilusión (ante la evidencia de la inhumanidad de un sistema como el del «Socialismo realmente existente», ante el falseamiento de las principales tesis del socialismo científico y ante la necesidad de recuperar la dimensión utópica), muchos ojos se vuelvan a esos otros dos componentes de la I Internacional. En primer lugar a Proudhon y a los demás socialistas utópicos tan denostados por Marx (como Owen o el mismo Proudhon), que concedían mucha más importancia a la idea positiva de la democratización de la economía de la autogestión, que a la negativa de la mera abolición de la propiedad privada. En segundo lugar a Bakunin y al anarquismo, que nunca cayó en la ingenuidad de creer que bastase abolir por cualquier medio la propiedad privada para edificar una sociedad más humana. Todo lo contrario; él fue quien vio antes y con más claridad que ningún otro que en muchos elementos de la teoría de Marx (y, en particular, en su tendencia al estatismo y al autoritarismo), estaba ya implícito el tipo de régimen represivo a que luego condujo la interpretación y la práctica de Lenin y Stalin.

2. *Las dos posguerras*

El segundo gran período (de 1917 a 1960 aproximadamente) coincide también con la periodización que hemos empleado para analizar la doble cuestión de la relación entre los dos sistemas (en II, 1, b) y entre Socialismo y Marxismo (II, 2, b). A su vez, dentro de ese período se deben diferenciar al menos dos grandes etapas, separadas entre sí por la II guerra mundial. En ambas va a jugar un cierto papel la preocupación por la democracia económica y las propuestas o experiencias de la autogestión, de la forma que a continuación indicamos.

a) En cuanto a la *primera etapa* (1918-1939), recordemos ante todo que ella se inició con una década en que se consolida la separación entre las dos tendencias del marxismo (comunistas y socialistas), con la creación de la III Internacional (1920-1941) y la recreación de la II (1926-1939). A ella sigue, sin embargo, una segunda década que aporta un nuevo acercamiento entre las dos tendencias, manifestado sobre todo en la política de los frentes populares. Fue en España, primero durante la república

(1931-1936) y luego durante la guerra civil (1936-1939), donde este acercamiento alcanzó sus máximas cotas. Exponentes del proceso fueron, por ejemplo, el avance y consolidación del antes casi inexistente Partido Comunista de España, la profunda radicalización, e incluso soviétización, del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), impulsada por su ala izquierda (cuyo líder fue el Lenin español, Largo Caballero), el paso al Partido Comunista de las Juventudes Socialistas (capitaneadas por el joven Santiago Carrillo) y el amplio influjo soviético en la zona republicana durante la guerra.

Pues bien; en ese ambiente los grandes enemigos de los comunistas no fueron los socialistas sino los *anarcosindicalistas*, que dominaron y establecieron su feudo en la zona catalana. Más aún; en ella y a pesar de las adversas circunstancias de la guerra, se hicieron entonces interesantes experiencias de autogestión, que, aún hoy día, algunos presentan como modelos dignos de imitación (o, al menos, de reflexión y análisis) y que, en toda hipótesis, son el fruto más logrado de la amplia corriente anarquista que tradicionalmente tanto arraigo ha tenido en España.

b) En cuanto a la *segunda etapa* (1945-1960), es decir, a la que siguió a la II guerra, conviene recordar las dos conclusiones fundamentales de nuestros apartados anteriores. Sobre todo que, aunque en esos años es todavía muy débil la autocrítica interna del «Socialismo realmente existente», ya existe la suficiente experiencia de él como para que los países más avanzados y prósperos del área capitalista puedan responder a la crítica que el socialismo hace al capitalismo, con el argumento de las diferencias de riqueza y libertad en las regiones en que se ha impuesto uno u otro sistema. Ya vimos también que ese argumento no tenía demasiada fuerza en los países más pobres y casi ninguna en el Tercer Mundo. Por otro lado, ese argumento—junto con la imposibilidad de concebir prácticamente al Socialismo de una forma diferente a la que de hecho se había impuesto en el Marxismo (es decir, como eliminación de la propiedad privada por medio de la colectivización y estatalización autoritaria de la misma sin ninguna preocupación por la democratización de la economía)—condujo a los partidos socialistas de esos países más ricos a abandonar a la vez no sólo esa concepción propia de un cierto Marxismo, sino—con ella—al mismo Marxismo y—lo que es más importante—a la aspiración al Socialismo. El resultado final de todo ese reajuste fue la conversión de los antiguos socialistas en socialdemócratas, lo que en definitiva significa su transformación radical en partidarios de un Capitalismo más o menos profundamente reformado.

Al llegar a este punto es ya absolutamente necesario situar en su contexto histórico a la *autogestión yugoslava*, a la que conscientemente no he aludido hasta ahora. Ella brota precisamente en el único país socialista y marxista de Europa, en el que el cambio de régimen sociopolítico no surgió como fruto de la ocupación militar soviética, aunque—como es lógico—no pudo liberarse del todo de su influjo y de sus presiones. Pues bien; en esas difíciles circunstancias, Yugoslavia tuvo la originalidad y el mérito de hacer una lectura distinta del Marxismo, con independencia de la or-

toxicidad y de la práctica soviética, a la que por aquellos años no se sustraía ningún otro partido comunista del mundo, ni siquiera los que estaban fuera de su órbita política. Esa lectura además, más que teórica, fue práctica y ello, no sólo porque afectaba a uno de los puntos esenciales de la interpretación práctica del Socialismo (¿qué se entiende por «socializar»?), sino porque, para hacerla, sólo fue preciso darle un sentido práctico más literal al viejo lema revolucionario, recordado por Tito en 1950: «las fábricas a los obreros, la tierra a los campesinos». Bastó, en efecto, sacar las obvias consecuencias de la casi evidente afirmación de que socializar no es lo mismo que estatizar. Hasta qué punto ello se ha conseguido o no y con qué resultados, esa es otra cuestión, ajena a la finalidad de esta ponencia.

A nosotros nos basta, pues, con lo dicho y con esta *observación complementaria*: el período que estamos examinando termina (en plena guerra fría) con un endurecimiento de ambos sistemas y un enfrentamiento de ambos bloques, muy poco propicio a la autocrítica de la propia realidad y a la propuesta creativa de nuevas soluciones. Sin embargo, en este desierto de creatividad, surgen dos excepciones: en el seno del Capitalismo, la Socialdemocracia centroeuropea; en el del Socialismo, la autogestión yugoslava. La primera limitó su radicalismo reformista en lo social por el miedo de perder los innegables valores de la democracia política e incidir en la falta de libertad propia de los regímenes de «Socialismo realmente existente». La segunda intentó una vía de democratización económica y social, que—independientemente de otras consideraciones—tal vez no pudo desplegar todas sus virtualidades; a causa de seguir enmarcada en un régimen político no suficientemente libre y democrático.

3. *Planteamiento actual de la utopía autogestionaria*

Para concluir nuestro esquemático y poco matizado recorrido únicamente nos resta situar el actual resurgir de la preocupación por la democracia económica y, más en concreto de la utopía autogestionaria en el nuevo contexto, que se va poco a poco creando—aproximadamente desde 1960—, tanto respecto al planteamiento de la relación entre los dos sistemas, como respecto al de la relación entre Socialismo y Marxismo.

a) En cuanto a la *primera cuestión* (cfr. II, 1, c), recordemos en primer lugar, que lo que ahora básicamente se compara son dos realidades (la del Capitalismo real y la del Socialismo realmente existente) y, en segundo lugar, que este planteamiento es hoy especialmente vivo en los países periféricos de ambos sistemas.

Planteadas así las cosas, algunos piensan que no existe una tercera vía y que, por tanto, sólo nos queda elegir lúcidamente—de entre los dos monstruosos sistemas existentes—aquel monstruo que estimemos menos malo o más domesticable. Los que plantean de este modo la cuestión suelen preferir en su elección al Capitalismo, no por más humano, pero sí por más controlable y domesticable y porque creen que sólo él es con-

cordable con la democracia política (sin la cual tampoco podría existir verdadera democracia económica, ni caminos para las reformas sociales).

Hay otros en cambio que—aun aceptando el planteamiento básico—siguen creyendo en la posibilidad de una tercera alternativa y estiman, por tanto, que no se debe renunciar a la utopía de llegar (o acercarse) a un Socialismo humano y digno de tal nombre. Dicho Socialismo no tendría nada que ver con el «Socialismo realmente existente», pero tampoco con el Capitalismo, ni con esa modalidad vergonzante de él que está representada por la Socialdemocracia. Los que se inclinan a esta segunda modalidad del planteamiento básico, suelen estar de acuerdo al menos en dos puntos, al concretar ulteriormente su opción: un Socialismo humano no puede darse sin democracia política (con todo lo que ella lleva consigo de respeto al pluralismo, a los derechos y libertades humanas básicas, etc.) y ella a su vez parece inconcordable con la estatalización de la economía y la falta de democracia económica. Ahora bien; como por otro lado un verdadero Socialismo no parece armonizable con el mantenimiento de la propiedad y la gestión privada de los medios de producción, la única salida que resta es la de la autogestión. Por ella, la propiedad de dichos bienes y sobre todo su gestión se socializan y se democratizan, pero no se estatalizan.

b) La forma de concebir hoy la autogestión está también condicionada por la manera de plantearse actualmente la *relación entre Socialismo y Marxismo* (cfr. II, 2, c). Recordemos con este fin que, en los últimos lustros, se ha producido una revalorización del Socialismo Utópico (concordable con la aceptación de la crítica de Marx al Capitalismo o, al menos, al de su tiempo) y, a la vez, un distanciamiento, no sólo respecto al Marxismo dogmático (convertido en filosofía y extrapolado en sus conclusiones), sino respecto al Marxismo en cuanto Socialismo Científico en el sentido más estricto (como prospectiva de cambio y de la sociedad futura). Además, con independencia de que se opte o no por seguir llamándose marxista, existe hoy un amplio acuerdo sobre la necesidad de revisar al marxismo en puntos muy fundamentales y de reconocer graves errores en algunas de las más importantes conclusiones y prospectivas de Marx, que, además, han inducido a graves errores políticos. Uno de estos errores consiste en el énfasis que se ha puesto en las propiedades casi taumáticas y de panacea, atribuidas a la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. De esta forma la «praxis» ha puesto al descubierto a la teoría, con lo que ésta—si se quisiera ser coherentemente marxista—quedaría profundamente devaluada. Más aún; hoy se llega a reconocer que «la doctrina marxista» (pretendidamente desenmascaradora de ideologías) ha actuado y ha sido utilizada como cobertura ideológica de regímenes inhumanos.

La consecuencia principal de todo esto radica en que hoy se plantean con mucha mayor humildad todas estas cuestiones y, entre ellas la de la autogestión. Más específica conexión con el tema tiene la aludida crítica al planteamiento excesivamente simplista que el Marxismo ha hecho de la abolición de la propiedad privada y de la necesidad de una revolución

rápida y enérgica para conseguirlo. Hoy se sabe que una tal revolución puede, sin duda, abolir la propiedad y pasarla a manos del Estado, pero con ello puede no haberse dado ningún paso importante hacia la verdadera socialización y sí pasos difícilmente reversibles hacia un régimen de opresión política generalizada y hacia el establecimiento de una nueva sociedad de clases basada en el dominio burocrático.

c) Voy a concluir esta modesta contribución al planteamiento y enmarque del tema principal del congreso, con una nueva alusión a la necesidad de recuperar la perspectiva utópica y, a la vez, de ser humildes y rigurosos en nuestro intento de llegar a esa meta. Ambas dimensiones están en efecto relacionadas. Situarse en perspectiva utópica es, en primer lugar, afirmar que conocemos con bastante claridad lo que *no queremos*, pero, en segundo y tercer lugar, es también reconocer que no sabemos muy bien que es *a lo que aspiramos* en concreto (además de que ni siquiera estamos seguros de que ello sea posible) y que apenas sabemos nada de las *formas de conseguirlo*.

La única forma de salir de esas dudas es aplicarnos a un análisis riguroso de todas esas cuestiones y, entre tanto, tantear y experimentar sin dogmatismos, dispuestos a dar marcha atrás, cuando aparezcan serias disfunciones en las soluciones que en principio nos parecieran salvadoras.

Concretemos algo más la tarea que tenemos por delante.

— En primer lugar, una de las alternativas que deberán sin duda ser sometidas en este congreso a una serena y severa crítica es la de la autogestión. ¿Es ella realmente una salida humanizadora al dilema entre propiedad privada y propiedad estatal? Si así lo fuera habríamos dado un paso decisivo para salir también del dilema entre Capitalismo y Socialismo realmente existente. Pero, si así no fuera, ¿qué postura debemos tomar ante ese dilema? ¿Existe alguna otra forma de escapar de ambos sistemas? ¿Existe al menos alguna fórmula para humanizar uno u otro de ellos? ¿Qué sistema elegimos y qué fórmula para humanizarlo?

— En segundo lugar, los planteamientos aquí esbozados nos enfrentan a toda *otra serie de problemas*, que no se limitan al de la propiedad privada y al de la autogestión. Al recordar la crítica de Marx al Capitalismo (II, 2, c), lo denunciábamos no sólo como explotador e injusto (y ello tiene especial relación con la propiedad privada de los medios de producción y el régimen de salariado), sino también como irracional e inhumano (lo que se relaciona más bien con la cuestión del *mercado* y con la *división vertical del trabajo*). Estas cuestiones han de ser por tanto igualmente analizadas, puestas en relación con sus contrarias en el otro sistema (la *planificación* con su secuela de *burocratización* y el tipo de *división vertical del trabajo*, propio de los sistemas de socialismo real) e interrelacionadas entre sí y con la autogestión.

Todas estas cuestiones, aunque no todas en el mismo grado, tienen bastante relación con el tema central de este congreso: el de la democratización de la vida económica. Mi misión se ha cumplido planteándolas.